



**VEGAVIANA** memoria colonizada / NPHOTO ; [textos: Esther Abujeta Martín... et al.]. -- [Madrid] : NPHOTO, D.L. 2014

46 p. : fot., plan. ; 36 cm.

Incluye el folleto "Vegaviana": salas de exposiciones del Ateneo de Madrid. Colección Extraordinaria de Cuadernos de Arte, dirigida por José Luis Tafur, nº 4 (1959)

D.L. M. 15862-2014

ISBN 978-84-942375-5-3

1. Vegaviana 2. Cáceres 3. Extremadura 4. Pueblos de colonización 5. Colonización 6. Fotografía I. Abujeta Martín, Esther II. NPHOTO

8.06 Viviendas públicas

COAM 17242

# VGVN



MEMORIA COLONIZADA NPHOTO  
FOTOS DE FAMILIA  
VEGAVIANA Kindel

## EL FELIZ FRACASO DE UNA UTOPIÍA

IGNACIO BISBAL GRANDAL  
URBANISTA Y FOTÓGRAFO

Hay algo absurdo en la relación entre el arquitecto y la obra. Consiste en la obsesión por prever de modo exacto el acontecer de las actividades humanas para que cada labor, cada acción, cada gesto, encuentre un lugar específico que lo albergue y le otorgue trascendencia. Pretender construir la realidad de modo tal que la arquitectura prevea y dé soporte a la acción de los habitantes. Esto ocurre hasta el extremo de que, por ejemplo, imagina a los habitantes apoyando su brazo en la ventana, tumbándose en un banco, quitándose el abrigo... casi como si se tratara del escenario de un teatro. Todo ello sin hablarlo, sin siquiera sugerirlo, haciendo que la forma del lugar se instale en las personas tal y como una camisa se ajusta al propio cuerpo.

Esta pretensión de construir un marco ajustado a la vida del hombre es un rasgo que comparte la arquitectura con el pensamiento social utópico, sea cual sea su naturaleza. De ahí que toda utopía vital y social se haya encarnado en forma de un territorio o una arquitectura, desde la cristalización en la forma conventual de la regla benedictina a la isla de Tomás Moro, pasando por el falansterio de Fourier o la ciudad soviética de Magnitogorsk, por situar ejemplos dispares en origen, época y escala. En estas utopías la arquitectura se convierte en instrumento simbólico y la configuración del lugar trata de mostrar, incluso adoctrinar, un sentido trascendente de la acción individual y su relación con lo colectivo.

Por supuesto, esta aspiración no se cumple nunca totalmente. Y no ocurre porque resulta imposible desarrollar la imaginación con tal grado de intensidad. La realidad no puede codificarse y reconstruirse de modo tan minucioso con instrumentos tan escasos. Afortunadamente, el azar acaba por destruir la planificación perfecta.

Sin embargo, en todas las épocas se han emprendido proyectos de esta naturaleza, perfectamente rigurosos y utópicos a partes iguales.

Los pueblos de colonización constituyen un ejemplo de este tipo de proyecto. Ya desde la Guerra Civil, cuando el Instituto Nacional de Colonización (INC) tenía otro nombre, Servicio Nacional para la Reforma Económica y Social de la Tierra, la utopía autárquica del franquismo elabora la transformación territorial planificada de mayor escala en la historia del país, que continuará incluso después del giro de timón en el panorama político, a partir del año 1956, y se prolongará hasta más allá de 1973, cuando el INC se transforma en el IRYDA. La labor del INC consistirá nada menos que en planificar casi un millón y medio de hectáreas de tierras y construir 292 pueblos de nueva planta a lo largo y ancho del país.

Esta idea adopta una forma especialmente elaborada en los pueblos de colonización, que se plantean inicialmente desde una idealización castiza de la vida rural en el país. El pueblo de colonización se convierte así en el arquetipo de

“pueblo español”, con la iglesia destacando entre el caserío y la plaza presidiendo la vida pública. El estado se lanza a la construcción de estos pueblos, trasladando población de otros lugares para que se integren en un modelo comunitario previsto de antemano. Entre todos los nuevos asentamientos que se construyen bajo esta mentalidad, será el pueblo de Vegaviana el ejemplo por excelencia cuya imagen será difundida por el régimen como elemento de propaganda en el extranjero. Todo ello se hace a pesar de los planteamientos urbanísticos y arquitectónicos de corte moderno que se utilizan en su planificación y que, de algún modo, resultan muy distintos a las directrices que se marcan desde el INC. El mérito de este logro, sin duda, pertenece a Kindel, que es el fotógrafo cuyas imágenes sintetizan una visión ideal de la nueva arquitectura y los paisajes en evolución.

Este fotógrafo realiza gran parte de su trabajo en las áreas rurales que en ese momento se están transformando, pero también fotografía los pueblos y paisajes que la incipiente promoción turística comienza a difundir. Principalmente, realiza una gran cantidad de trabajos para la Dirección General de Turismo, promocionando los pueblos blancos de la costa española y otras fotografías para carteles turísticos destinados a la promoción del país en el extranjero. En esos años, Kindel también trabajará para la Revista Nacional de Arquitectura fotografiando la obra de la nueva generación de arquitectos modernos, entre los que se incluyen los pueblos de colonización que el arquitecto Fernández del Amo realiza hasta el año 1968: Belvis de Jarama, San Isidro de Albartera, Vegaviana, Villalba de Calatrava, El Realengo, Las Marinas, Cañada de Agra, Miraelrío, Puebla de Vácar y la ampliación de Jumilla. Además de fotografiar los pueblos, también retratará las obras hidráulicas y las nuevas zonas de regadío, que constituyen el nuevo paisaje del progreso rural, transformando los campos de secano en zonas de regadío.

En esta obra fotográfica, hay elementos comunes que Kindel explora en profundidad en el reportaje de Vegaviana. Todas sus imágenes están cargadas de escenas de tapias blancas, cielo azul y paisajes horizontales de campos, encinas y olivos. Estas escenas remiten a una vida rural limpia y plena, espartana y orgullosa. Una visión mediterránea, abstracta y esencial. Hay también una reivindicación de lo rural como base identitaria y ancestral. Esta visión era la que el arquitecto José Luis Fernández del Amo perseguía en su arquitectura, señalando en sus textos su firme compromiso en dotar de dignidad al hábitat para el campesino: “Doy gracias a Dios por haberme alejado de las tentaciones halagüeñas que al arquitecto se le ofrecen en las urbes, dándome la ocasión de poner mi oficio en la faena tan despreciada, de edificar para los hombres esperanzados de la reforma agraria.”

Las fotografías de Kindel representan a la perfección el ideal agrario que el régimen trató de

realizar a través del INC. Construyen un hermoso imaginario de sencillez y claridad que, inevitablemente, se leen hoy con la mirada nostálgica de aquel que se acerca a una propuesta de sociedad rural que tal vez pudo ser y definitivamente no fue al perder la partida con la industrialización. Sus retratos forman parte del intento de construir una nueva tradición y unos pueblos contemporáneos arraigados en una historia recreada. Es una visión esteticista y culta que pretende realzar una arquitectura que conjugue aspiraciones vernáculas y funcionales, y que se fusione con lo popular mientras maneja un lenguaje formal con alto grado de abstracción.

Ahora, sesenta años después, el colectivo NOPHOTO regresa al emplazamiento de las fotografías míticas de Kindel. Ciertamente, el pueblo ha cambiado mucho, y su trabajo se dirige a establecer un contraste entre el pueblo preindustrial idealizado en la fotografía de Kindel y la realidad mucho más concreta, compleja e impura de la actualidad.

Este trabajo no consiste únicamente en volver a fotografiar este pueblo, sino a completar la mirada del fotógrafo con las de los habitantes de Vegaviana, lo que ellos ven y la memoria de lo que fue. Así, entre todas las fotografías, hay muchas que salen de los álbumes familiares que NOPHOTO ha rescatado.

Algunas de ellas son del mismo tiempo en que Kindel hizo su reportaje. En esos mismos años, los primeros colonos se instalan en el pueblo. Las imágenes de los álbumes son fotografías de grupo, tomadas durante los descansos en las duras faenas en el campo. Por medio de ellas se puede imaginar cómo fueron esos primeros años en la labor de transformar el paisaje productivo. Al verlas, el paisaje actual adquiere un matiz diferente, aparece como un esfuerzo enorme por darle forma a través de los años. Esta impresión se confirma a través de los testimonios de los colonos que NOPHOTO ha recogido: “Por ejemplo, un tío mío vino de los primeros y traía una yunta de caballo y eso era ser un rey porque, el que más o el que menos que vino aquí, traía una partida de muchachos y la boca para comer. Y claro el campo es trabajo para años. Estás un año trabajando la parcela y sin cobrar hasta que no empezabas a entregar. Veías algunos comiendo de fiado todo el año hasta que llegabas y cobrabas y pagabas. Y así ha sido la vida aquí, ha sido muy dura”.

De nuevo, mirando las fotografías, ¿qué es lo que queda de esos años y ese esfuerzo? Muy poco, parece. Sabemos que la utopía rural no se realizó tras los primeros años de esfuerzos y privaciones. No fue necesario. Enseguida llegaron los tractores y los automóviles, la televisión, el éxodo a las ciudades. Así hasta que finalmente el mundo rural se mezcló con el suburbio y acabó convertido en simulacro de vacaciones y fin de semana. A pesar de que Vegaviana sigue siendo pueblo y sigue siendo agrícola, algo ha cambiado en ese

vínculo ancestral con la tierra. Quedan los hermosos paisajes ya transformados en vega fértil de pimientos y tomates, pero cuesta reconocer en las fotografías de los jóvenes de ahora el parecido con los fotografiados hace sesenta años. Dos generaciones han pasado, y en ese período se ha producido una transformación tan profunda en la gente que las arquitecturas y escenas de entonces encuentran muy difícil acomodo en las ropas y rostros actuales. Sorprende, en cierto modo, que los edificios se hayan mantenido con pocas alteraciones en su imagen, lo cual constituye un triunfo de una arquitectura pensada para instalarse con naturalidad entre sus habitantes. Todas las fotos reflejan una transición natural, casi invisible, que se comprende mejor al ver las fotografías de distintos años: en esta aparece un reloj de pulsera, en aquella un televisor o una moto, en otra un cambio en el peinado... en la secuencia siempre se encuentra algo familiar y extraño, nuevo, conviviendo en la imagen.

En el fondo, este pueblo acaba por contarnos a través de las gentes y paisajes retratadas, cuál ha sido también la transformación que tantos otros pueblos, nuevos y viejos, han tenido en estas décadas. Así es como la historia recogida por NOPHOTO se explica acompañando las fotografías: “Antes de convertirse en colonos fueron albañiles, ya que comenzaron en 1955 a construir ellos mismos las casas que luego habitaron. A partir de 1968 hubo agua en las casas. En 1971 se construyeron los cuartos de baño. En 1977 se reformaron los anejos añadiendo cuerdas, pajar y porche y finalmente, en 1978, se rehicieron los tejados.”

¿Qué será del pueblo dentro de cincuenta años? Dos fotografías pueden ofrecer pistas al respecto. Una de ellas se ha hecho a un cartel que reúne las fotos carné de los que forman la clase de los pequeños en la escuela del pueblo. Son cuatro niños y un profe: David, Beatriz, Juan Jesús, Iván y Joan. La otra puede ser cualquiera de las imágenes (hay muchas) que retratan a los viejos del pueblo.

El trabajo de NOPHOTO ha consistido en seguir la pista de la memoria colectiva de este pueblo. Una mirada que nos permite conocer cuáles son los cimientos de su identidad y que nos refleja su presente, ayudando a vislumbrar paisajes, personajes y escenas que poblarán su futuro. Vegaviana, en estos sesenta años, ha dejado de ser un modelo para convertirse en un pueblo más, un ejemplo arquetípico real de tantos pueblos. En cierto modo, este pueblo satisfecho de su presente representa un testimonio de la fragilidad de la memoria y el feliz fracaso de la utopía.

Vegaviana Memoria Colonizada es un proyecto de NOPHOTO que pretende acercarse al fenómeno de la colonización y al nacimiento de una nueva memoria colectiva. Mediante el uso de la fotografía, el video, así como el documento sonoro y escrito, trata los dos aspectos esenciales de este territorio: el paisaje intervenido mediante la creación de nuevas poblaciones con una arquitectura uniformadora y el gran contraste entre la memoria oficial y la de los verdaderos protagonistas.

La publicación VGVN, inspirada en la revista LIFE, muestra parte de las imágenes y textos creados por NOPHOTO en el propio pueblo, concediendo especial protagonismo a sus habitantes, a través de su memoria, sus historias personales y sus álbumes familiares. Incluye además la reproducción de un pequeño libro de Kindel, el fotógrafo que mejor supo captar el espíritu de la obra del arquitecto Fernández del Amo y la vida diaria en la Vegaviana de aquellos primeros años.

IDEA Y EDICIÓN

Juan Santos  
Juan Valbuena

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Julio César González  
NOPHOTO

IMPRESIÓN

Cuartalínea  
Rotomadrid S.L.  
Pulse Comunicación

ISBN

978-84-942375-5-3

DEPÓSITO LEGAL

M-15862-2014

© FOTOGRAFÍAS

Herederos de Joaquín del Palacio  
Lucía Hernández Téllez  
Vecinos de Vegaviana  
NOPHOTO

© TEXTOS

Esther Abujeta Martín  
Ignacio Bisbal Grandal  
Rafael Fernández del Amo  
Beatriz S. González Jiménez  
NOPHOTO

